

Si los pescadores de Kiel hubieran tenido la práctica de sus compañeros septentrionales la presa habría sido mas abundante.

En todas las islas del norte se procura desde las épocas mas remotas hacer encallar los globiocéfalos que se acercan á tierra. Ya en el antiguo *Koenigsspiegel* (Espejo de los reyes) se encuentra una descripción algo confusa de la pesca. «El Sild Reiki ó Fisk Reiki, dice este libro, ahuyenta á los arenques y demás especies de peces en gran multitud desde la alta mar hácia tierra, con lo cual presta al hombre gran utilidad en vez de perjudicarlo, cual si fuese destinado por Dios exprose para ello. Los lleva consigo, y los pescadores aceptan con gratitud el regalo celeste que les ofrece el mar; pero cuando se promueven disputas ó pendencias y se vierte sangre en el mar, hace retirar á toda la manada de peces, privando así á los habitantes de las islas del beneficio tan necesario para ellos.» Solo por noticias muy posteriores se ha sabido lo que quiere decir el antiguo libro con la frase *verter sangre en el mar*. Graba, concienzudo naturalista, ha descrito en un relato, tan exacto como interesante, la pesca del delfín negro en las islas Feroe: véase cómo se expresa:

«El 2 de julio se oyó de repente por todas partes la palabra *grindabud*: los marineros de una canoa acababan de descubrir una manada de delfines negros; en un instante se pusieron en movimiento todos los habitantes de Thors-haven; todos pronunciaban aquella palabra, pintándose en aquellos semblantes la alegría y la esperanza de comer bien pronto abundantemente. Las gentes corrían por las calles cual si se temiese un desembarco de los sarracenos; algunos botaban sus canoas al mar; armábanse los otros de cuchillos balleneros; por un lado se veía una mujer corriendo detrás de su marido para darle un pedazo de carne salada á fin de que no padeciese hambre; en otra parte caía un hombre al agua por precipitarse demasiado. A los diez minutos se habían hecho á la mar once canoas, montada cada una por ocho hombres; los remeros se habían desnudado para maniobrar mejor, y las ligeras embarcaciones se deslizaban con la rapidez de la flecha por la líquida superficie. Nos dirigimos á casa del gobernador, cuya barca estaban preparando, y entre tanto subimos con él á lo alto del fuerte para ver dónde se hallaban los delfines. Con ayuda del antejo reconocimos dos canoas que los indicaban: elevóse al mismo tiempo una columna de humo sobre un pueblo inmediato, y despues otra en una montaña vecina; por todas partes se veían señales parecidas, y toda la ensenada se llenó en un momento de embarcaciones. Pasamos luego á la barca del gobernador, y bien pronto nos reunimos con los pescadores: vimos entonces los cetáceos, al rededor de los cuales trazaban las canoas, en número de veinte ó treinta, un vasto semicírculo, separadas entre sí por una distancia de cien pasos; estrechaban á los delfines y ahuyentábanlos hácia la bahía de Thorshaven. Véase claramente una cuarta parte de aquellos animales: tan pronto aparecía una cabeza lanzando al aire una columna de agua, como una aleta dorsal, ó el lomo de un delfín, que procuraba romper la línea. Arrojábanles piedras y pedazos de plomo atados á una cuerda; si los cetáceos se dirigían hácia adelante, seguíanlos con tal rapidez, que se rompían los remos; y donde se notaba el menor desorden, ó donde se apartaban demasiado las canoas, presentábase la barca del gobernador, que habria aventajado en celeridad á un caballo lanzado á galope.

» Cuando los delfines estuvieron tan cerca del puerto que ya no podían escapar, volvimos nosotros á tierra: la playa estaba atestada de gente, deseosa de presenciar el magnífico espectáculo que les ofrecía la próxima matanza, eligiendo un buen sitio para verlo todo bien de cerca.

» Al acercarse los delfines á tierra, comenzaron á inquietarse; estrechábanse unos contra otros, y no se cuidaban ya de las pedradas y golpes de remo; pero las canoas avanzaban siempre, estrechando su círculo, y las infelices víctimas que sospechaban el peligro, entraban lentamente en el puerto. Llegados al Westervaag, los cetáceos no quisieron ya dejarse conducir de aquel modo como un rebaño de carneros, é hicieron ademán de volverse. Aquel era el instante decisivo: pintóse en todos los semblantes la inquietud, la esperanza y el deseo de matar; resonó por los aires un grito inmenso, salvaje y terrible, dominando todos los rumores, y se lanzaron todas las canoas sobre los delfines. Los anchos arpones herían á los animales que se hallaban demasiado léjos para destrozar alguna barca de un coletazo; los cetáceos avanzaban con increíble rapidez; seguíanles sus compañeros, y bien pronto quedaron todos encallados en la playa.

» Entonces fué aquello una cosa horrible de ver: los marineros lanzaron sus canoas en medio de los delfines, á los que golpeaban furiosamente: las personas que se habían quedado en tierra penetraban en el agua hasta la cintura, y hundían en el cuerpo de los animales heridos unos ganchos atados á largas cuerdas; tiraban de ellas tres ó cuatro hombres, y una vez el delfín en tierra, cortábanle el cuello. En medio de su agonía, golpeaban los cetáceos el agua con su cola; las olas del puerto se tiñeron de sangre, que corría en forma de arroyos; y así como el soldado pierde todo humano sentimiento en el ardor de la pelea, convirtiéndose en un animal feroz, así aquellos pescadores se volvían frenéticos y temerarios á la vista del rojo líquido. En un reducido espacio se oprimían treinta canoas, trescientos hombres y ochenta delfines, muertos ó vivos. Todo eran gritos y agitación: con el traje, el rostro y las manos cubiertos de sangre, los pacíficos habitantes de aquellas islas parecían mas bien caribes de los mares del sur, desprovistos de todo indicio de compasión. No obstante, un delfín acababa de matar á un hombre de un coletazo, destrozando una canoa, por cuyo motivo procedieron los cazadores con mas cautela en la carnicería. Ochenta cadáveres cubrían la ribera; ni un solo animal habia escapado.

» Con gran asombro de todos los insulares, la pesca fué feliz, aunque se hallaban entre los circunstantes el pastor Gad y varias mujeres embarazadas: creen aquellas gentes que los delfines se alejan cuando divisan un pastor y por eso le ruegan que se quede detrás. Es otra de sus creencias que los cetáceos no pueden sufrir á las mujeres en cinta, por lo cual fueron varios pescadores á pedir al gobernador que las mandase retirar. Aquella vez, á pesar del pastor y de las mujeres no escapó ningun delfín: por lo regular se deja huir á uno para que vuelva con otros.

» Sucede con frecuencia que los delfines no se dejan pescar así, sobre todo cuando son numerosos: las piedras que les tiran no bastan para obligarles á volver; pasan sobre las canoas é inutilizan todos los esfuerzos de los pescadores. Otras veces, gracias á la imprudencia y al ardor de los perseguidores, consiguen escaparse los cetáceos aun cuando se hallen dentro de una bahía; si los pescadores comienzan el ataque demasiado pronto y no consiguen de una vez que salgan los delfines á tierra, estos vuelven al mar y no se acercan ya á la ribera; cuando no tienen la cabeza vuelta hácia la playa y ven huir á los que están heridos, para internarse mar adentro, les siguen tambien presurosos. Si cae la noche antes de terminarse la pesca, las canoas forman un semicírculo á la entrada de la bahía y se encienden hogueras; los delfines creen que es la luz de la luna, dirigiense hácia aquella parte, y permanecen tranquilos hasta por la mañana, en que sigue la matanza su curso.

» A veces se escapan los animales porque no estaba todo preparado para la pesca; á fin de evitar semejante contratiempo, el gobernador y los síndicos proceden á inspeccionar todos los años las canoas, en el mes de junio, y se castiga á los que no tienen las suyas en buen estado.

» Despues de un descanso de una hora, se recogen los cadáveres de los delfines, se aprecia su valor y se marca en la piel con cifras romanas. La repartición se hace proporcionalmente, según el terreno que cada uno posea, lo mismo que se practicaba en remotos tiempos. Medido y tasado cada cetáceo, sepárase el diezmo, el *findlingsval*, ó delfín de descubierta, el *madval*, ó delfín para comer, y el *schadental*, ó delfín de perjuicios; se designa asimismo la parte correspondiente á los guardas, señalándose tambien la repartición de gastos y la parte para los pobres.

» El diezmo se divide en tres porciones, una para la iglesia, otra para el párroco, y la tercera para el rey ó su representante. El *findlingsval* pertenece á la canoa que ha descubierto los delfines; su valor es variable, correspondiendo la cabeza al marino que primero divisó los cetáceos. El *madval* es un pequeño delfín que se destina para que coman de él desde luego todos los asistentes; el *schadental* se vende en seguida, y el producto sirve para pagar las averías ocasionadas durante la pesca; la parte de los guardas es la suma que se paga á los hombres que vigilaron durante la noche, guardando los delfines hasta la hora de la distribución. El resto se divide en dos partes, que corresponden, una á los feligreses de la parroquia en cuyo terreno se hizo la pesca; y otra á los habitantes del país. Cada pueblo tiene cierto número de canoas; cada una de estas su tripulación, y el botín se divide entre aquellas. Apenas resuena el grito *grindabud*, envíanse mensajeros á todos los pueblos que tienen derecho á la distribución; estos mandan sus embarcaciones, y si no han llegado veinticuatro horas despues del repartimiento, ó cuarenta y ocho á mas tardar, se vende su parte en pública subasta, aplicándose el producto á la caja de los pobres. Procédese así porque los delfines se descomponen á los dos días y ya no se pueden comer.

» Hecha la repartición se descuartizan los animales; se comienza por quitar las aletas, y luego se corta el cuerpo por la mitad. Se desprende la grasa en tiras de un pie y medio de ancho; se hacen tajados de carne de cuarenta á cincuenta libras, y se aparta luego el hígado, el corazón, los riñones y las partes mas delicadas, del gusto de los insulares.»

Solo excepcionalmente se pesca en alta mar el globiocéfalo; los pescadores que aun esperan mejor presa no le persiguen, y solo algun buque se ocupa accidentalmente en darle caza. Para esto se procede poco mas ó menos como con los demás cetáceos, con la diferencia de que cada lancha elige una víctima, reuniéndose todos los esfuerzos para dispersar la manada. El globiocéfalo suele manifestar gran terror al ver á sus adversarios, y la misma estupidez que cuando encalla en la costa; se aleja lentamente en todas direcciones y ofrece así ocasion á sus perseguidores para lanzarle el arpon. Muchas veces sucumbe al primer golpe y en caso contrario le rematan pocos mas. Raras veces sucede que un individuo se precipite contra alguna lancha, pero aun entonces solo ocurren desgracias excepcionalmente. Apenas muerto el globiocéfalo cae á la profundidad y se le deja allí hasta terminar la pesca; márcase el sitio con alguna señal y se continúa persiguiendo á otros individuos, regularmente con tanta suerte, que se coge un número bastante considerable de la manada.

USOS Y PRODUCTOS.—«Este animal dice Graba, es muy útil: por término medio produce cada delfín una cantidad de aceite que representa un valor de cuarenta francos;

poco mas ó menos; se come la grasa y la carne, frescas, saladas ó secas; y cuanto mas reciente es la segunda, mejor gusto tiene. Yo la he comido con placer, y me pareció por su sabor carne de buey; pero la grasa es muy desagradable. Cuando los habitantes de las islas Feroe han comido por espacio de quince días carne fresca de delfín, su rostro, sus manos y su cabello parecen untados de grasa. A las cuarenta y ocho horas no se puede comer esta carne, porque produce vómitos.

» Con la piel de las aletas se hacen correas para los remos: el estómago sirve para fabricar los odres en que se conserva el aceite; el esqueleto se aplica á diversos usos. En cuanto á los intestinos, única parte del animal que no se utiliza, se cargan en las canoas y se arrojan al mar para que se pudran en la ribera.»

LOS SOPLADORES—TURSIOPS

CARACTÉRES.—Los sopladores, ó *tursiops*, son delfines grandes y fuertes, que tienen el hocico prolongado en forma de pico, puntiagudo y distintamente separado de la frente; hállanse provistos tambien de una fuerte aleta dorsal y dientes numerosos, fuertes, cónicos y lisos.

EL SOPLADOR COMUN—TURSIOPS VULGARIS

CARACTÉRES.—El soplador comun ó vulgar (fig. 316) es un gran cetáceo, fuerte y vigoroso, que mide de 3 á 5 metros de largo; sus aletas pectorales son cortas, escotadas en su borde posterior y con su extremo obtuso; la caudal es de regular tamaño; en cada mandíbula lleva de 21 á 24 dientes: el lomo y los costados son negros ó de un pardo negro; el vientre de un blanco puro.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Este cetáceo se halla en todas partes desde el Océano Glacial hasta el Mediterráneo; no abunda en punto alguno, y solo se le ve en reducidas manadas de seis á ocho individuos.

En el de las Indias y en el mar Rojo le sustituye una especie afine, que es el *busalam* (*tursiops aduncus*).

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Los sopladores se acercan á las barcas pescadoras y las rodean, exactamente lo mismo que las marsopas. Su ligereza y agilidad son notables, pues dan muy pronto la vuelta á un buque de vapor cuya marcha sea de catorce millas inglesas por hora. Cuando amenaza tempestad se les ve saltar como aquellas, y en el período del celo se lanzan por encima de la superficie del agua. Por lo demás son poco conocidas sus costumbres: ignórase cuál sea la época del apareamiento y cuánto dura la gestación; solo se sabe que la hembra pare en invierno uno ó dos pequeños, y que los cuida como los demás cetáceos.

PESCA.—Se pescan los sopladores con arpon ó se les mata con carabina. En mi última excursion por Abisinia, el duque de Coburgo tiró contra algunos *abusalem* que rodeaban nuestro buque: el agua se tiñó de sangre: el animal herido se revolvió varias veces, y salió lentamente á la superficie. Todos los demás permanecieron cerca del cadáver, con la sana intencion de devorar á su compañero, según nos dijeron los tripulantes.

LOS DELFININOS—DELPHININA

CONSIDERACIONES HISTÓRICAS.—Llegamos al género que ha dado su nombre á la familia, á los delfines propiamente dichos, animales que fábulas y leyendas han celebrado á porfía. Un delfín fué el que fascinado por los divinos cantos de Arion, llevó en su lomo al poeta y le